

LA VIDA RELIGIOSA EN LA CAMPAÑA LIBERADORA

LLEGO un momento en España que llegamos a creer que había desaparecido la virtud del heroísmo, el valor racial, intrépido y conquistador de nuestra Patria. Habían sucedido tantas cosas en los últimos años de desbarajuste, de desgobierno, salpicado de gotas comunistas; se notaba tanta pasividad, aunque adversa, pero quieta (propiedad pasiva), que llegó un día que creímos perdidos para siempre el sentimiento de la propia dignidad, conculcado todo derecho, atropellados todos los deberes ciudadanos, y llegó el instante cumbre de la injusticia, de la inmoralidad legalizada; el león de Castilla se despereza, sacude el yugo ominoso, que amenazaba acabar con todo lo noble y digno de la raza hispana. Surgen las espadas blandiendo sus aceros, formando una cruz simbólica, que encierra todo el caudal de restos de nobleza, de dignidad, de recto sentir, y acaudilla bajo sus sombras el elemento sano, militar, legendario, tradicional, salvador de todos los instantes de peligro de nuestra grande España.

Apoyado el guerrero, el caudillo que lleva la responsabilidad de la campaña contrarrevolucionaria en la religión, como único plinto solidísimo para sostener el magno edificio que se perfila en el horizonte de la victoria, recorre en son de triunfo la Península hasta arribar lleno de laureles a la capital de España, y restablecer el orden, el trabajo, la tranquilidad, la confianza —puntales firmísimos de todo nuevo régimen social, salvador—. Elabora leyes magníficas, como la del Fuero del Trabajo, inspirado en el más profundo sentido cristiano, emanado de los grandes monumentos eclesiásticos, como la encíclica «Rerum Novarum», del gran Pontífice León XIII; la ley de Subsidios Familiares, en beneficio del obrero, del trabajador, inspirada en la verdadera sociología cristiana; la de familias numerosas, etc., que son exponentes magníficos de la gran obra nacionalsindicalista forjadora de Imperios.

Estos años de reconstrucción, ¡cuántos recuerdos encierran! Borrón de la ignominia, renacimiento del valor, fin de un régimen putrefacto y comienzo de una era sana, pacífica, tranquilizadora.

Los que tuvimos la dicha inmensa de formar en las filas nacionales y recibir algún rasguño de la zarpa marxista, participamos de emociones indescriptibles, vivimos tan de cerca el heroísmo, recibimos tantas demostraciones de fe, de religión, de amor a Dios y a la Patria, que han dejado huellas impercederas en nuestra alma. ¡Cuántas veces han silbado las balas por encima de nuestras cabezas, mientras ofrecíamos a Dios el Santo Sacrificio de la Misa, hostia placatoria, propiciatoria de los pecados, y otras tantas en el puesto de socorro, al lado del médico, el uno mitigando los dolores del cuerpo y el otro los del alma, aplican-



do la virtud sacramental y abriendo las puertas del cielo a nuestros valientes soldados!

La religión vivida, practicada, ha sido el talismán misterioso, vivificante del valor hispano, a cuyo recuerdo despertaron las más nobles virtudes escondidas en los broncos pechos de los hombres de todas las regiones.

Convertida nuestra guerra de liberación en verdadera Cruzada —guerra santa—, a su conjuro se levantaron en apretado haz, como un solo hombre, todas las provincias para no dejarse arrebatar cuanto de noble y grande encierra el pecho español. ¡Glorioso 18 de julio de 1936! Recuerdo impercedero, digno de ser esculpido en la conciencia de todos los españoles de buena voluntad. Arriba los corazones. Avivemos nuestra fe en estos recuerdos salvadores y no olvidemos esta fecha magna en los fastos de la Historia de España.

Este recuerdo retrospectivo es muy conveniente para todos.

JOAQUÍN AGUADO
Capellán del Colegio Provincial de la Paz

El Rey Don Felipe IV y sus «amoríos» clandestinos en Madrid

su casa por las desgracias familiares y por su vida licenciosa, la cual muchas veces volvía a emprender, ya que su débil y oscilante abulia y su sensualidad incorregible eran su obsesión.

El rey galante se le llama, como a otros soberanos. Mujeriego, enamorado, libertino, llegaron a hacerse populares algunos lances de su vida íntima y tapada, que no fueron secretos para nadie sus instintos de polígamo sultán. Toda clase de mujeres eran buenas para su deporte favorito: doncellas, casadas, viudas, encopetadas damas y hasta sirvientas «de la casa»; actrices, burguesas, menestras y hasta «taifas» o cantoneras, como se designaban entonces a las que trataban carnalmente con su cuerpo, no habiendo fronteras para su erotismo, aunque prefería mujeres humildes a las linajudas.

Esta inclinación a Venus era estimulada en el Rey por su válido el Conde-Duque de Olivares, que llevaba una muy personal intervención en los devaneos amorosos de Felipe, llegando en más de una ocasión a recibir palos, mandobles y alguna estocada al guardar la retirada del Rey cuando se «daban mal», afianzando con estos halagos los vínculos de amistad y unión al jefe de la Nación, con el que formaba dos cuerpos y un solo espíritu, que no pasaron desapercibidos a la escrutadora y fina comprensión femenina de la Reina, a quien el Conde-Duque no era muy de su agrado, todo lo cual movió al prelado don Garcerán Albel, Arzobispo de Granada y ayo que fué del Rey, a escribir al de Olivares conminándole a que dejase de hacer la Celestina, replicando el válido con ciertas amenazas a su censor y prohibiéndole pisase terreno a él vedado.

Antes de cumplir los veinte años ya se le suponían al Rey varias aventuras de tapadillo, pero en 1625 se fijó en la hija del Conde Chirel, o de Charela, muy joven beldad, con la que le nació el primer bastardo el 15 de mayo de 1626, don Fernando Francisco de Austria, muerto a los ocho años, y secretamente trasladado su cadáver desde Guipúzcoa, donde se criaba, hasta El Escorial, donde fué enterrado como hijo de rey.

Al Conde, padre de la damita, se le trasladó con un destino en las galeras de Italia. Su mujer, la Condesa, disimuló, y la casa de la seducida se convirtió en convento cuando a poco de morir el hijo fué seducida a hacerle compañía, y que hoy es el edificio e iglesia de Las Calatravas, en la calle de Alcalá, antes denominado de La Concepción Real.

Por los mentideros de la época corrió una satírica y muy atrevida décima cuando el Rey instaló allí a las monjas Calatravas, y que, aún lo picante y escabroso de su contenido, como cosa de tema hisórico, transcribo tal y cómo se ha venido desde entonces conociendo.

*Caminante, esta que ves
casa, no es quien ser solía;
hizola el Rey mancebia,
para convento después.*

*Lo que en tiempo fué y lo que es,
aunque con roja señal
y título en el umbral,
ello lo dice y enseña,
que casa en que el Rey empreña,
es de Concepción Real.*

El segundo hijo bastardo fué don Alfonso de Santo Tomás, que se hizo dominico, llegando a ser obispo de Málaga. Síguelen después don Alonso de San Martín, hijo de la dama de la Reina, Teresa Alonzo de Oviedo y después de Cuenca. Don Carlos de Valdés, de quien no se supo el origen materno. Don Juan Corso, fraile agustino, que recató su nacimiento con el nombre de Juan del Sacramento, aunque se le reconocía. Don Fernando Valdés, General de Artillería y Gobernador de Navarra. Doña Ana Margarita, nacida de madre desconocida en 1627, y profesa doce años después en el convento de la Encarnación, donde falleció siendo Superiora a los veintiséis años. Doña Luisa, nacida de la célebre «Calderona» en 1630, y que también profesó de monja.

El más conocido e interesante de los bastardos fué el segundo, don Juan José de Austria, habido también con la «Calderona», el único de los ilegítimos, que fué reconocido públicamente y educado con honores de príncipe, nacido el 6 o el 7 de abril de 1629, y bautizado en el madrileño templo parroquial de San Justo y Pastor con el nombre a secas de «Juan, hijo de la tierra». Pero pasaron doce años, y apreciando las felices disposiciones y el simpático y gallardo porte que poseía el mocete, prendas que no sólo alababa el Rey, sino el sencillo pueblo español, pesó en el ánimo de Felipe, afrontando el escándalo público para reconocerle como hijo suyo, educarlo con honores de príncipe, recibiendo incluso la bendición papal por manos del Nuncio Panzuolo, acordándose que desde entonces la misma Reina habría de llamarle «hijo mío», y el Príncipe Baltasar, «hermano y amigo mío», acuerdo que tuvo marcada repulsa por ambos, que herían sus altivas dignidades. ¡Quién habría de decir que aquel hijo de ganancia sería tiempos después el empacho de su persona que le recordaba las travesuras de su mocedad! Llegó a ser tan hurao y displicente con este fruto de sus amores juveniles, que no quiso recibirle ni a la hora de su muerte. También hay que decir que las Reinas Isabel y Mariana tampoco sintieron la menor simpatía por él, pues en su persona y en todo momento le veían como viva acusación (que así era) de una grave infidelidad de Felipe. Bien es verdad que el hijo de la «Calderona» no llegaba en cualidades ni a las calzas de su homónimo el bastardo de Carlos I, lo cual iba en descargo de agravantes, y si en efecto tuvo algunos éxitos militares en Ná-

poles y Cataluña, también saboreó las hielas del fracaso en Flandes y Portugal, no obstante lo cual pecaba de vanidoso, orgulloso, altivo, envidioso y ávido de honores, llegando hasta hacer intención de casarse con su hermana la Infanta María Teresa, o la Infanta Margarita, para suceder a su padre en la Monarquía española, torcido e incestuoso proyecto que el Rey rechazó indignado, prohibiéndole comparecer más en su presencia, por lo que tuvo que vivir en La Zarzuela (El Pardo), en el palacio del Buen Retiro, de donde nunca salía, siguiendo allí la misma vida de diversiones del padre, y por último en Consuegra, donde recibió la noticia de la muerte del Rey y la negativa de éste de que le viese morir.

Su óbito tuvo lugar el 17 de septiembre de 1679, dejando también varias hijas ilegítimas, que en plena niñez fueron a engrosar la grey monjil, algunas con sus madres, siguiendo la tradición del Gran Filipo (2).

Ya de moza, era de admirable belleza, y se contaba que nunca había sentido deseos de tomar hábito; pero el Rey ordenó «encierro».

Hemos hablado del hijo como nexo entre el Rey y la «Calderona», su madre; pero he de volver otra vez a los principales personajes de la comedia objeto primordial de los epicúreos devaneos de mi biografiado («seductor»). Se sabe que fueron dos las «Calderonas», hijas de un Juan Calderón establecido en Madrid con un comercio de ricas telas, habiendo al presente grandes y opuestos puntos de vista de cuál de las dos hermanas fué la amante de Felipe IV.

Si nos atenemos a la antigua suposición de que fué María Inés Calderón, nacida tal vez en 1611, la que apareció en los corrales madrileños en 1627, contando a la sazón dieciséis años, ¿cómo podría en 1623, con sus doce años, estar casada con Pablo Sarmiento y representar en Valladolid con la compañía de Juan Bautista Valenciano? Sus antiguos biógrafos no mencionan esta circunstancia matrimonial. Pasaron seis años y en 1632 se casa con otro cómico, Tomás Rojas, pues sin duda debió morir su primer marido. Al año siguiente desaparece María Calderón de la circulación, como si hubiese fallecido; pero es el caso que esta María no se llamaba así, sino una hermana suya, que es la verdadera cómica, pues en cierta obra genealógica se habla de María Calderón, hermana de la «Calderona» y madre de don Juan de Austria. Cuando esta María Calderón desapareció el año 1633, la otra «Calderona» de Felipe IV hacía por lo menos cuatro años que había profesado en el convento de Valfermoso de las Monjas, en el Valle de Utande (Guadalajara), y por lo tanto, no podría ser María la esposa de Tomás de Rojas.

El idilio con la «Calderona» que conoce la historia, empezó el año 1627, cuando trabajaba la moza en el corral de la Cruz con sus dieciséis lozanos abriles; una regular belleza que realizaba bastante con las gracias que la adornaban, amén de una pura y cristalina voz que cautivaba el ánimo del que la oía. El Rey —de incógnito allí— quedó preso en sus hechizos, y con la celeridad de su vehemencia, la hizo subir al aposento desde el cual asistía a la comedia. Desde aquel día la «Calderona» dejó subyugada a Felipe con la gracia de sus encantos y el cristal de su maravillosa voz, quedando por Real orden como favorita preferida de Su Majestad, no obstante estar casada, ni tampoco que tuviera un amante de alcurnia en el Duque de Medina de las Torres. Ella no estuvo muy amable y propicia al principio; «... dicen que ella no se rinde», escribía por entonces Lope de Vega. Pero los remilgos de la «Marizapalos» (3), que no eran otros sino el de perder el verdadero amor de su vida, que era el Duque, pronto fueron vencidos, incluso por el consejo del de Medina, que por no caer en desgracia con Felipe, dejó compartir el tálamo simultáneamente, haciendo la «Calderona» compatible su pasión amorosa ducal con los dictados de su real conveniencia, y hasta contóronse en los mentideros de Madrid que incluso el De las Torres descubrió al Rey una especial y «oculta propiedad» (que por respeto no se cita) poseída por su amante, noticia que expoleó su exaltada apatencia hacia la comedianta (4).

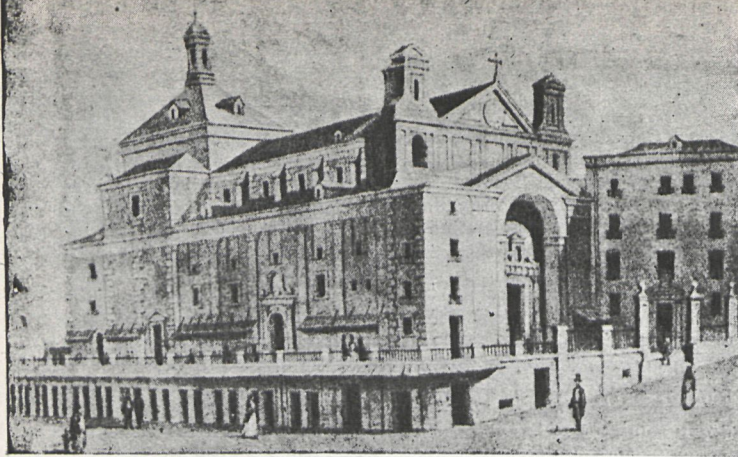
El Duque fingió un viaje a sus posesiones de Andalucía para disipar las sospechas del Rey y dejarle el campo libre a su regío competidor; pero no pudiendo resistir tan larga ausencia, hizo rápidamente el regreso a la Corte, instalándose en distinto aposento de la casa de su amada, donde aguardaba diariamente y con los nervios de punta la hora en que el Rey iba a disfrutar los encantos de su belleza, y la otra, en que le veía marchar.

De todos estos trapicheos a los dos años de relaciones el anteriormente reseñado Juan de Austria, y tan parecido al Duque de Me-

(2) La mejor conocida fué una joven doncella, hija del célebre pintor Ribera, «el Españolito», que vivía con su padre en Nápoles. Fruto de estos amores fué una niña, que, siguiendo la habitual costumbre, encerró en un convento su abuelo el Rey, siendo las Descalzas Reales el lugar preferido, en pugna con la Encarnación, que aspiraba también a recibirla.

(3) «Marizapalos» (trifulca o pendencia era el epíteto con que se conocía a la «Calderona») y a un balcón que en la plaza Mayor, de Madrid, esquina a la calle de Boteros (hoy) le había reservado permanentemente el Rey para que desde allí presenciase todos los espectáculos que en dicha plaza se representasen, pues ya la Reina Isabel, en cierta ocasión, la arrojó violentamente de la tribuna que ocupaban los altos personajes, en desagravio de lo cual el Rey la cedió el balcón.

(4) ... L'on dit que tout vigoureux qu'il estoit, il fut fort long temps sans en pouvoir venir a bout, et que enragé de cela, il en parla à son Chirurgien qui la visita et lui trouva une pellicule qui faisoit l'obstacle, et apres qu'elle fut coupée, il eut contentement (François Bertaut).



Iglesia y gradas de San Felipe el Real.

dina de las Torres, que era toda su hechura. Esto y el sorprender un día el Rey a su amante en los cariñosos brazos de su competidor en lides «cupidescas», matarle hubiese de no interponerse acojonada y llorosa —pero resuelta— entre los dos implorando la gracia del perdón, que no le supo negar el Rey, aunque a costa del destierro de su enemigo. A pesar de todo, Felipe creyó a don Juan hechura y semejanza suya, ya que fué el único bastardo que públicamente reconoció.

Diez días después de nacer don Juan vino al mundo el Príncipe Baltasar, y cuéntase (como leyenda) que ambos niños fueron cambiados por aquellos días a ruegos de la «Calderona», con objeto de que heredase el trono.

Poco después nació una niña, Luisa Orozco Calderón, que al cumplir edad reglamentaria encierranla en el monasterio de Bernardas de Valfermoso de las Monjas, en el valle de Utande de la serranía de la Alcarria.

Cuatro años apenas habían transcurrido del nacimiento de don Juan, cuando la «Calderona», algo avergonzada, sintió súbitos deseos de terminar con aquella su vida de amancebamientos y de más o menos justificadas celopatías reales, decidiendo consagrar el resto de sus días a la santidad del claustro en ingresando en el mismo monasterio de Valfermoso a los veintitrés años de edad y seis de favorita, y en el que siendo ya abadesa por manos del Nuncio de Su Santidad en Madrid, luego Inocencio X, vió entrar en el cenobio que regía a la uignénita que Dios la hizo concebir de su regio galán.

El nombre de la famosa histriónica apareció en romances y en obras literarias, como el drama «La Calderona», «La reina y la comedianta», «La comedianta de antaño».

Su voluntaria reclusión no la libró tampoco de la maledicencia, según epigramático romance, que al no poder achacar a Villamediana, pues hacía más de doce años que era despachado al otro mundo, se lo endosaron al Almirante de Castilla; rezaba así:

*Un fraile y una corona,
un duque y un cartelista,
anduvieron en la lista
de la bella Calderona.
Bailó, y alguno blasona
que de cuantos han entrado, etc. etc.*

¿Llegaron a existir en su rol, además de lo citado, un hombre de religión y un autor dramático? ¿Mentidero de Madrid, que ni aún los infortunios respeta!...

Pasados unos años de haberse retirado del mundo la «Calderona», se dice que el Rey la sustituyó con otra cómica, Eufrasia Reina, llegando hasta instalarla en palacio; ¡por algo era Reina!

No salía siempre muy bien parado el Rey en sus aventuras donjuanescas, pues cuéntase que una noche, mientras el Duque de Veragua jugaba en cierta reunión, el Rey fué a ver a la Duquesa con non

santas intenciones, y con otras análogas, bien por tener la mosca detrás de la oreja, se adelantó el marido, que al ver al galán en sus feudos, le arrojó a la calle con tan inusitada violencia, que le hirió en un brazo, pese a los gritos de identificación real que daba su Ministro el Conde-Duque, explicación que no dió por verídica, aunque no ignoraba quiénes eran, diciéndoles que a pesar de la treta no escaparían, pues «el Rey era Príncipe muy respetuoso y demasiado virtuoso, que en aquellas horas estaría muy recogido en su alcázar junto a su esposa e hijos», y no en estos desaguisados.

No es menos cómica su aventura con la Duquesa de Alburquerque. Un día, mientras jugaban, fingiendo el súbito recuerdo de un asunto urgente, suplicó al Duque tomase su puesto mientras él se ausentaba. El Rey y el Conde-Duque, ministro también de sus placeres, se encaminaron al nido de la dama, pero como el Rey Felipe tenía mala fama entre los maridos, con excusa de una indisposición, marchó rápido el Duque a evitar su frontal afrenta, encontrándose en el patio y a oscuras con los flamantes galanes, y comprendiendo hacia qué lado se encontraba su Monarca, por mejor conocimiento del terreno que pisaba, la emprendió a palos con el gran Philipo, exclamando al mismo tiempo:

«¡Tú vienes a robar mis carrozas, ladrón!». También sacudió a su placer al orondo Olivares, que sin dejar de pregonar a su señor, seguía repartiéndose pro indiviso los furiosos golpes del Alburquerque, que fingía amenazarlos con llevarlos a palacio para que Su Majestad les diese su merecido por usurpar sus respetables nombres y personalidades. El Rey pudo, por fin, escapar sin el favor de la dama, aunque no pudo hacer lo mismo con el vapuleo del marido.

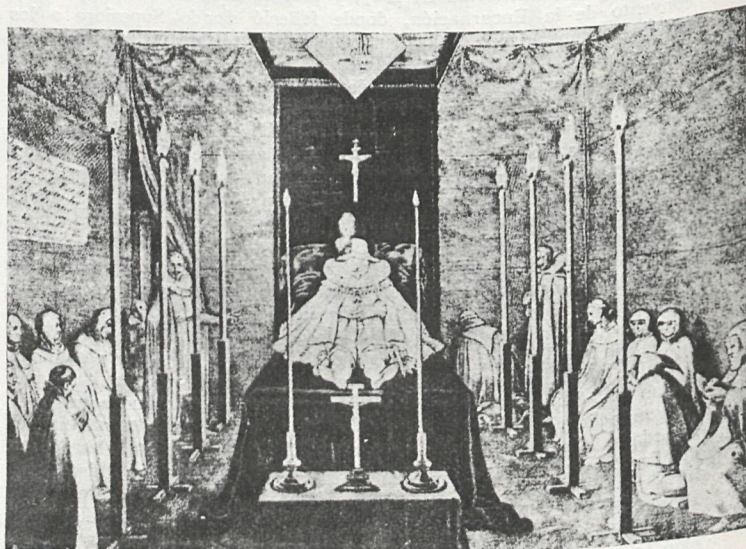
Estas aventuras, como la relatada al final de este artículo, podrían ponerse en más o menos duda. Solamente el nombre de las damas daría alguna fuente de posibilidad.

Casi siempre solía salir triunfador en sus empresas amorosas; ¿cómo, siendo Rey y aún joven, se le iban a resistir? Sin embargo, en una ocasión, cierta dama le rechazó, aunque a otros les dió sus favores; pero aunque estimaba al Monarca, le dijo que «no quería ser... manceba de historia».

Costumbre de la época era, por etiqueta palatina, el que al ser abandonadas las queridas del Rey, debían ingresar en la clausura. Una noche llamó que- do a la puerta del cuarto de una dama de palacio. Esta, al comprender que era el Rey, no le abrió, y a través de la barrera le salmodió: «Vaya, vaya con Dios, que no quiero ser monja».



El Conde-Duque de Olivares, en un fragmento del cuadro de Velázquez.



Felipe IV, difunto, según una estampa francesa del siglo XVII.

El Rey no se mostraba muy liberal con las hetairas de su harén, soliendo pagarlas con cuatro pistolas (cuarenta francos de la época), habiéndose dispuesto posteriormente, como un estipendio o dádiva oficial protocolaria, que el Rey daría veinte escudos, unos doscientos reales de vellón, a su manceba cada vez que de ella recibía algún favor.

Cierta día fué a visitar a una muy bella cortesana en su domicilio y, al final del negocio, le entregó con religiosa y puntual etiqueta los diez duros estipulados. La dama montó en justificada cólera, pues veía muy mal tasados sus encantos femeniles, por lo que al siguiente día marchó, vestida de caballero, a ver al Rey, y al recibirla en audiencia particular, después de darse a conocer, arrojó una bolsa con 2.000 escudos, exclamando: «Así es como pago yo a mis queridas».

Y para terminar con estas aventuras palaciegas más o menos novelescas, a las que no poco contribuyeron las famosas Memorias de la Condesa d'Aulnoy cuando vino a España, citaré como tradicional leyenda? o verídica narración, uno de los más famosos lanceos donjuanesco del Rey, que lo mismo podría ser verídico que fantástico cuento, que entonces corrió por la Villa y Corte.

Un año haría que estaba concluida la obra del convento de monjas de San Plácido, entre las calles del Pez, San Roque y Madera, cuando a mediados del año 1624, una noche del mes de julio y al filo de sus doce horas, entraron en la segunda de las calles dos embozados en largos ferreruelos, protegidos por el escaso alumbrado de la Villa, que se dejaba al arbitrio de la luna cuando a ésta no la ocultaban las nubes, que en aquella noche eran negros nubarrones presagio de tormenta. En silencio y sin temor de ser reconocidos, siguieron su camino hasta la esquina de la calle del Pez, frente a un pequeño retablo de San Roque que pertenecía al citado convento.

Illuminados sus perturbados semblantes a la luz mortecina del escaso alumbrado que el Santo tenía, se miraron en silencio breve rato, como dos personas que están indecisas preguntándose con los ojos qué resoluciones tomarían.

De la misma estatuta, sus edades eran muy diferentes. El joven, de rubias guedejas, azulados y rasgados ojos, apenas asomábale incipiente bozo y no frisaría aún en los veinte años. Su acompañante, más robusto y de encenchados y fuertes bigotes castaños y poblada perilla, aparentaba, no obstante su mayor edad, un papel de segundón.

—No me atrevo a pasar adelante! —murmuró al fin el más joven.

—Animo, mi señor —repuso el otro—, pues tiempo es ya de que se rinda esa inexpugnable fortaleza, y no os asalten infundados temores de que seamos descubiertos, pues la hora es la más a propósito y las puertas no se nos resistirán a las llaves que en mi bolsillo guardo; ¿a qué, pues, esperarás?

El joven, lleno de incertidumbre, volvió pasos atrás hasta pararse en la puerta de la iglesia, donde aplicó el oído a su cerradura, volviendo hacia su compañero, que al ver las desorientaciones del joven, procuró con cierta burlona risilla tranquilizarle, manifestándole que a esas horas no habían de estar en el coro.

—¿Y si nos descubren?

—Y si así fuese, ¿qué mal habría en ello? —dijo el de los mostachos—. Con una sola palabra podéis hacer callar a cualquiera.

Tranquilizados ambos, volvieron a embozarse y, doblando con resolución la calle, continuaron por la del Pez abajo hasta llegar a la portería del convento, donde también escucharon investigando ruidos. Por último, dieron en la calle de la Madera, final de su diabólico viaje, donde toparon con una pequeña puerta que el más viejo abrió con llaves ya preparadas, exclamando:

—¡Ya estamos, gracias a Dios!

—Abre pronto —dijo el joven—, no vaya arrepentirse antes de tiempo.

Pero el camino estaba ya franqueado y, tras cerrar la puerta, contentiendo la respiración, vieron a la luz de una linterna que portaban hallarse en un cuarto junto a la cocina.

—¿Sabes el camino? —musitó el joven.

—Si no me ha engañado el sacristán, creo no perdernos.

Y en gran silencio, andando de puntillas y abriendo paso el segundón, prosiguieron internándose en el convento, y pasado que hubieron algunos claustros, llegaron a una celda, donde pararon y procedieron sigilosamente a abrirla. Mientras uno se quedó vigilando por si alguna religiosa pasaba, impidiéndola que alborotase, el más joven entró en la celda, donde estaba orando una monja ante una imagen de Santa Teresa, iluminada por la escasa luz de una lamparilla. Ante aquella visión que embargaba su espíritu, quedó atónito e inmóvil el joven, fijos los ojos en esa aparición y temeroso que hasta los mismos latidos de su acelerado corazón le descubriesen en ese álgido momento, y quedase malograda la idea que le había hasta allí conducido. No se sabe el tiempo que habría durado esta situación a no haberse levantado de orar la novicia al terminar sus preces. Ambos, en una mutua sorpresa, quedaron conmovidos mirándose frente a frente, y antes de que le impusiera por señas que guardase silencio, cayó la joven desmayada en el suelo, no sin dar antes un agudo grito. Entonces el galán la recogió y la puso sobre su regazo, estrechándola contra el pecho sin atreverse a sellar en los de ella sus labios, intimidado por la sagrada toca que la cubría.

—¡Margarita! ¡Margarita! —la llamaba entusiasmado—. ¡Al fin te he encontrado!, después de poner todos los medios de que te has valido para huir de este amor que me abrasa.

Vuelta en sí Margarita, y ante su implorante mirada, logró hacerse soltar y que el amador enmudeciese, y cayendo de hinojos:

—Señor —le dijo—. ¿por qué me perseguís hasta este retiro? ¿No sabéis ya cómo he correspondido a este amor? En el mundo, y sola,

tuve que luchar con el poder de un Monarca, oponiéndole obstáculos que terminarían por vencerme, y creyendo que el sitio más seguro de salvar mi recato serían las altas paredes y espesas rejas de la clausura, muralla que ni los reyes de la tierra podrían traspasar, a ellas vine a refugiarme.

El Rey, que no era otro que Felipe, le dijo que demostrado veía que nada se oponía a su real voluntad ante el amor que la profesaba.

—Dejad de profanar esta casa, donde no resuenan más palabras que alabanzas al Altísimo.

—¿Y la pasión que me domina, no la ves más justificada, inocente y pura como el cendal que te cubre? Nada deseo tanto como ver ese hermoso rostro, escuchar esa virginal voz y sostener esa angelical cabeza sobre mi volcánico pecho, abrasado por el amor más inocente que en mis juveniles años he sentido.

—Huid de aquí antes que nos sorprendan, pues sólo yo pagaría inocentemente culpas que no me atañen.

—¿Pues no soy yo el Rey de España, a quien todo poder de su reino se abate?

—Pero ese poder, con ser omnímodo como decís, no podría lavar la mancha de mi deshonor. Olvidadme y salid presto; de rodillas os lo pido, y si así no lo hacéis, gritaré descubriéndoo y mañana se divulgará en Madrid, y en toda la nación después, que don Felipe IV, el Rey de España y de sus Indias, en vez de velar por sus súbditos, anda escalando conventos de religiosas para seducir a las esposas del Señor. ¡Salid, os lo ordeno!

El Rey bajó los ojos, guardó breve silencio y, levantándose lleno de indignación, volvió a repetir que, tarde o temprano, habría de consumir su felicidad.

La monja, temiendo alguna de las reales fechorías de Felipe, se avino a parlamentar, pidiéndole un sencillo favor:

—Sólo os suplico que paséis tres días sin entrar en esta casa.

—¿Y el cuarto? —suspiró Felipe.

—Podéis venir.

—¿A esta misma hora? ¿Me lo prometéis?

—Os lo juro.

—¿Y luego?

—Ya os enteraréis; salid.

Tres días pasaron como tres siglos para Felipe, al término de los cuales salió de palacio con el mismo escudero de la primera noche y con más resolución, más alegría y más acelerado paso en busca de su próximo y certero triunfo.

Llegados que hubieron a la pequeña puerta de la primera noche, vieron con sorpresa que aquella se abría misteriosamente, sin que, al parecer mano humana la descorriese. Entróse el Rey, mas al pretender hacerlo su escudero-escolta, el de Olivares, la puerta se cerró repentinamente, dejándole en la calle.

El Rey continuó sin reparar en el perance, viendo los claustros iluminados de trecho en trecho, cosa que le causó extrañeza. Llegóse a la celda de Margarita y, abriendo la puerta con resuelto entusiasmo, quedó aturrido y sin respiración al encontrar el cuarto vacío. «¡Margarita!», gritó, y al eco de su voz respondió otra casi sepulcral desde el claustro: «Venid y la veréis». Y saliendo de allí se encontró con un triste y terrorífico desfile de religiosas que, portando velas encendidas, en dos filas y con los ojos fijos en el suelo, marchaban muy pausadamente cantando un *De profundis*. Al no hallar entre ellas a Margarita, enfurecido, demandó su presencia, y la voz del claustro repitió cavernosa y triste la misma estrofa.

Creyendo el Rey aquello trágica pesadilla, siguió maquinalemente al cortejo hasta el coro, cubierto de negros crespones, y en el centro del cual, sobre pequeño y enlutado túmulo, yacía el cuerpo emarillado de flores de la hermosa joven, alumbrado por cuatro amarillos blandones que a su pálido y desenchajado rostro, rodeado de guirnaldas de azahar, prestaban sus trémulos pábilos el aspecto de gélido cadáver.

—Ahí la tenéis —le dijo al Rey la abadesa, llevándole del brazo casi desfallecido, hasta el féretro.

Y clavando sus ojos en los ya cerrados que noches anteriores le parecieran los más hermosos de la tierra, un beso hubiérala posado en la frente, si un sentimiento de temor supersticioso no se lo hubiera impedido. Y al caer de hinojos ante aquellos restos mortales que él mismo causó, llenábanse de lágrimas sus ojos, mientras la comunidad continuaba entonando el oficio de difuntos, y el Rey caía poco después en un aparatoso desmayo, que las religiosas aprovecharon para mandarle a palacio con gran sigilo.

Levantóse del lecho al día siguiente el Rey, y como si despertase de atroz pesadilla, con gran lividez y lleno de tristeza que le atenazaba el cerebro, con lo primero que topó fué con una solicitud de las monjas de San Plácido, que le pedían un reloj para la torre del convento. Este *recordatorio* le trajo a su memoria la imagen de su *malograda* Margarita, y dirigiéndose al de Olivares, procurando disimular la opresión de su pecho, le ordenó que mandase construir un reloj que superase hasta los entonces fabricados, y que al llegar las doce de la noche tocasen las sonerías de sus campanas el doblar de difuntos por alguna monja.

Mientras, en el convento, y una vez salida de su falso catafalco Margarita, todo fueron plácemes por la feliz ocurrencia que la novicia tuvo para librarse del pícaro Monarca.

Este relato, que, como se ha visto, podría ser una de tantas leyendas de aquella época, sería demasiado novelesco, para no ser perseguida su ocurrencia, y que el río sonó por llevar agua, lo indica el haber entrado en juego personajes y nombres de cierto relieve.

Erase protonotario de Aragón y patrono del dicho convento de

monjas don Jerónimo de Villanueva, el cual, sabiendo las aficiones de femeninas hermosuras del Rey, le dijo un día que en aquella santa casa que había fundado adinerada y alcurnica dama, había ingresado para profesar hermosísima doncella, como podía abonar por su cargo de patrono. El Rey, impaciente, demanda medios para entrar en la clausura y comprobar personalmente estas alabanzas.

Y una tarde, disfrazado no se sabe de qué, entró en el locutorio acompañado de su endomaniado introductor, al que ayudó en estos trabajos el otro celestinesco valido, que siempre le allanaba sus pecaminosos propósitos.

La casa de Villanueva comunicaba por su cueva con una bóveda del convento y de allí a la celda de la novicia érase camino fácil.

Sabedora la abadesa por la misma monja del sucio negocio de liviandad del Monarca y sus dos ayudantes, quiso disuadirlos, y al ver fallidas sus esperanzas por la negativa de sus elevados contrincentes, recurrió a la estratagema descrita.

Pero es el caso que este suceso no pudo estar secreto en tanta continuación, y como la bola de nieve, se fué haciendo cada vez más grande, llegaron hasta los altos poderes eclesiásticos los rumores de esta sacrílega aventura, y el Inquisidor general, Fray Antonio de Sotomayor, cuya influencia sobre el ánimo de Felipe se halla fortalecida por ser su confesor, atemorizándole por la gravedad de su delito, y como la cuerda siempre se rompe por la parte más débil, se puso en prisión a uno solo de los tres personajes de la conspiración, que hubo de ser don Jerónimo de Villanueva, que pagó las culpas de los tres. Pero el Rey no quiso que aquello se embrollase más por evitar tanto escándalo, y presentándose en casa del Inquisidor general una noche el Conde-Duque, diplomáticamente le introdujo dos decretos de Felipe; en uno se le concedía una renta si renunciando a su cargo se marchaba a Córdoba, su patria chica, y si no aceptaba, el segundo decreto le daba orden conminatoria de destierro, eligiendo el arzobispo el mal menor.

Pero para colmo de desdichas llegó a Madrid, procedente de Roma, la petición de esta causa, donde allí se proseguiría, demanda a la que no tuvo más remedio que ceder el Santo Tribunal, confiando a su notario Alfonso de Paredes, que portó al Vaticano, en una arqueta sellada, los documentos reunidos. Pero el Conde-Duque, más diablo que cojuelo, avisó a los embajadores de Génova y Roma, y los virreyes de Sicilia y Nápoles para que detuvieran a Paredes y conducirle a un castillo de Nápoles, donde quedó incomunicado y sin la arquilla que, con sus comprometedores papeles, le fué devuelta al Rey, que sin abrirla la destruyó con el fuego, mientras que el notario Paredes consumía los quince años que le restaron de vida en las mazmorras del Castell Nouvo, o dell Ovo, del puerto napolitano.

A don Jerónimo de Villanueva se le puso, pasados unos meses, en libertad, con la obligación que ayunase durante un año... los viernes... que hiciera limosna de 2.000 ducados y que no pisase este convento ni ningún otro en que hubiere monjas.

Juicio final. En honor a la verdad, he de hacer constar que, aparte todos estos devaneos, Felipe IV procuraba no perturbar las buenas relaciones que sucesivamente mantuvo con sus dos esposas, y no digamos que su esposa Isabel ignoraba los mayores escándalos que precisamente en su época tuvo Felipe, y conociendo las infidelidades de su cónyuge, las lloraba en silencio, sin llegar a alterarse la paz del hogar, pues la seriedad de Isabel y su respeto al que compartía su vida, fortalecía su ánimo y acrecentaba su resignación, a lo que contribuía en parte el esposo, que la trataba con igual respeto, galante y cariñosamente, atendiendo a sus deberes con la especie, dada la prolífica serie de nacimientos que causaban. Otros monarcas lo hicieron peor, pues los últimos Luíses de Francia encumbraron oficialmente a sus favoritas en los negocios de la Corte y del Estado, y otros, como el sádico Enrique VIII, ordenaba matar no sólo a la favorita, sino, aún peor, a las propias esposas de que se hastiaba.

La erótica fiebre del Rey se fué enfriando con los años, los achaques y los reveses de la política española, y aunque tuvo a su lado la lozana juventud de su sobrina, la Reina Mariana, no dejó —aunque esporádicamente— de manifestarse en alguna que otra aventura de escándalo por no dejar en mal lugar su genio y su figura, hasta que prendieron en su ánimo los terrores piadosos y le invadió un humor hipocondríaco que le llevó a cometer raras extravagancias, como pasar horas enteras en el panteón del Monasterio del Escorial abriendo ataúdes para ver sus despojos, o rezar ante el sepulcro que había de recibir su propio cadáver, y no era extraña esta conducta al saber que su cerebro venía declinando en una progresiva degeneración desde el año 1638, en que una hemorragia cerebral dejóle hemipléjico del lado derecho, seguida desde 1663 de frecuentes cólicos nefríticos, unas peligrosas hemorroides y una prostatitis con molestas incontinencias de orina, que ni el cuerpo de San Diego de Alcalá, ni el montón de imágenes y reliquias que llevaron a la cámara regia, obraron los milagros demandados, como igualmente fueron vanos los remedios de cocimientos, polvos de coral y otras gabelas que la atrasadísima ciencia galénica de entonces, con su rudimentaria terapéutica, aplicaron al caduco organismo de sesenta inviernos, con una progeria prematura que le hacía representar más de noventa. Por fin, llegó para él la cesación de todo dolor físico y moral en la madrugada del jueves 17 de septiembre de 1665, sacándose a los dos días, a las diez de la noche, para conducirlo en andas al panteón de El Escorial, donde recibieron su cadáver al siguiente día, a las seis de la mañana.

¿Fué malo Felipe IV? Fué únicamente un mal rey, que no es igual, que gustó de los placeres y de la alegría de vivir. Tenorio, libertino habitual sin distingos; gozador de fiestas, deportes, viajes, cacerías, juegos, y un mal gobernante y peor aconsejado; el epíteto quédese para su valido Olivares; y éste podría su epitafio.

Dr. ANTONIO CANTO

La Diputación madrileña y la cruzada contra el analfabetismo

EL analfabetismo, lacra secular que ha ensombrecido inveteradamente los claros horizontes de la vida española, ha constituido siempre en el ánimo de S. E. el Jefe del Estado una constante preocupación, exteriorizada recientemente en su deseo de extinguir, en el plazo más breve posible, este mal endémico, que esteriliza y anula toda aportación inteligente a los altos intereses del bien común.

Al internarnos en la historia, relativamente próxima, de este cáncer alojado en el cerebro de un vasto sector social de nuestra Patria, observamos que, a principios del siglo, tuvo el analfabetismo su máxima culminación en las provincias andaluzas, principalmente en Jaén, que había alcanzado la desconsoladora cifra del 81,25 por 100, y en Granada, que elevaba su población analfabeta al 82,12 de la expresada referencia aritmética.

Este porcentaje de los que vivían al margen de toda clase de percepciones culturales en los ámbitos geográficos a que aludimos, disminuyó sensiblemente en los años posteriores, como es natural; pero, no obstante, subsiste en una proporción considerable.

Por esta razón tienen vigencia absoluta los nobles designios de Su Excelencia relativos a esta materia. Dice el Caudillo a este efecto: «En la corrección del analfabetismo hemos de realizar una verdadera cruzada para llevar a las alquerías, cortijadas y poblaciones diseminadas la ilustración que desde hace siglos esperan».

No es posible, a juzgar por estas sinceras palabras, que se adentran en las causas íntimas de este drama nacional, tener una visión más perfecta de esta triste realidad española, porque precisamente en los ambientes rurales, en las aldeas distantes muchos kilómetros de los medios de comunicación, es donde más acusadamente nace, vive y prospera, con toda su cohorte de lamentables derivaciones en el vivir cotidiano, la dolorosa plaga del analfabetismo.

Esé es el punto neurálgico en el que extiende sus raíces este problema. Por eso, la Diputación Provincial madrileña creó, en el año 1950, con cargo al concepto presupuestario titulado «Campaña contra el analfabetismo en la provincia», los Centros Pedagógicos, que actúan con notoria eficiencia en las cabezas de partido, en los términos municipales más importantes y en sus pueblos circundantes.

El primero de estos organismos —que actualmente ascienden a ocho— inició sus funciones en Pozuelo de Alarcón, y el últimamente inaugurado lo ha sido en San Martín de Valdeiglesias, pueblo que experimenta una imperiosa necesidad de la acción docente de estas instituciones.

Estos Centros, en estrecha colaboración con los diversos organismos provinciales que tienen la finalidad de extensificar la cultura en otras esferas más elevadas de la inteligencia, han cumplido satisfactoriamente la humana misión que se les encomendó.

En la actualidad, el analfabetismo en la provincia apenas es perceptible en determinados pueblos. En Miraflores de la Sierra no asciende más que al 1,9 por 100; en Alcalá de Henares al 4,6 por 100; en Getafe al 6,8 por 100, y en Colmenar Viejo al 7 por 100. En cuanto se refiere a otros pueblos, entre ellos Loeches, Mejorada del Campo y Navalcarnero, es seguro que en plazo breve disminuyan notablemente sus índices de analfabetismo.

Conseguir un triunfo de esta naturaleza en el resto de los pueblos de la provincia es el ideal de la Diputación madrileña, que en este importantísimo aspecto, como en todos los que están adscritos a su jurisdicción, revierte al bien colectivo, convertidas en magníficas obras, los ingresos económicos que percibe por medio del arbitrio sobre la riqueza provincial.

A. BOLADO ALLENDE